

Bx944

B4

v. 28

Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135843

RESÚMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO OCTOGÉSIMO-TERCERO.

N.º 1. *Eleccion de Clemente XI.* 2. *Sus cualidades naturales y su conducta.* 3. *Estado crítico de Europa al tiempo de la eleccion de Clemente XI.* 4. *Conversion del conde palatino, del Príncipe electoral de Sajonia y del duque de Brunswick.* 5. *Clemente XI amado y respetado de los hereges y de los infieles.* 6. *Sus limosnas y su celo durante el jubileo.* 7. *Muerte del reformador de la Trapa.* 8. *Sus escritos y carácter de su espíritu.* 9. *Integridad de su fe manifestada en sus últimos dias.* 10. *Autenticidad de su carta sobre los jansenistas.* 11. *Muerte del Rey Jacobo II de Inglaterra.* 12. *El Príncipe de Gales reconocido Rey de Inglaterra por Luis XIV.* 13. *Caso de conciencia propuesto por un confesor residente en una provincia de Francia.* 14. *Conducta del cardenal de Noailles sobre este punto.* 15. *Retractacion de los doctores consultados.* 16. *Sentimientos y furor del padre Quesnel.* 17. *Condenacion del caso de conciencia.* 18. *Breves contra los perturbadores jansenistas.* 19. *Destierro del doctor Elias Du-Pin.* 20. *Luis XIV revoca una declaracion que le habian hecho dar por sorpresa para obligar al silencio indistintamente á los ortodoxos y á los novadores.* 21. *Cisma introducido en la iglesia de Holanda por el arzobispo de*

TOM. XXVIII.

1

embargo, insistiendo todavía en su indignidad, respondió: „Eso estaria bien, si tuviese yo las cualidades que se requieren.” Hizo declarar despues á los cardenales que los citaba á todos al tribunal del Juez Supremo, y que si no se separaban de su pretension, responderian en aquel dia terrible de las faltas inevitables que le hiciese cometer su insuficiencia en un puesto tan elevado, y que ellos serian responsables á la Iglesia de las fatales consecuencias que se podian temer. Aumentóse sin embargo su pesadumbre; pasó dos dias y dos noches llorando, y se vió mucho mas atormentado que antes, porque empezaba ya á recelar que su resistencia pudiese ser obstinacion. Con este recelo eligió entre los mas hábiles doctores que habia en Roma cuatro religiosos de los mas virtuosos que conocia, á saber, el padre Varessa, observante; el padre Masoulie, dominico; el padre Alfaro, jesuita, y el padre Tomasi, teatino, que fue despues cardenal. Hizo que se les propusiesen estas dos cuestiones: si podia con seguridad de conciencia aceptar el Pontificado, á pesar del conocimiento que tenia de su propia indignidad, y si por la misma razon de su indignidad podia resistirse á admitirle con seguridad de conciencia. Examináronse las cuestiones con todo rigor y sin atender de ningun modo á los deseos del sacro colegio; pero así los cuatro doctores, como todos los romanos, estaban tan plenamente convencidos de que no podia haberse hecho mejor eleccion, que con la mas perfecta unanimidad le manifestaron cuánto debia temer los juicios de Dios, si no ratificaba una

cosa de que racionalmente no podia dudar que estaba en el orden de la Providencia. Rindióse entonces; pero se mostró tan afligido y consternado, que se temió le costase la vida este sacrificio. No obstante, habiéndose tranquilizado algo con las razones que se le espusieron, y estando ya libre de calentura, admitió segun costumbre á los cardenales, para que le besasen la mano en su aposento. A pesar de ser tan comun esta ceremonia, fue, aun para los que estaban mas acostumbrados á ella, un objeto de edificacion. Todo el tiempo que duró el homenaje, estuvo llorando el Sumo Pontífice, y les espresó con tanta viveza el aprecio que hacia de ellos, el auxilio que esperaba de sus luces y lo mucho que las necesitaba, que no pudieron contener las lágrimas, y salieron todos penetrados de respeto y de admiracion. Habian pasado ya cuatro dias desde que tomaron unánimemente la resolucion de darle los votos, y sin perder mas tiempo le llevaron á la capilla sistina, donde debia consumarse la eleccion segun práctica. Hecho el escrutinio, se halló que solo le faltaba su propio voto, el cual habia dado al cardenal Panciatici, y no al decano del sacro colegio, aunque era costumbre inmemorial honrarle con este género de votos. Y habiéndosele manifestado alguna sorpresa con esta ocasion, respondió que las reglas de la conciencia eran superiores á toda costumbre. Concluido el escrutinio, y habiéndole preguntado el decano, segun los cánones, si aceptaba el Sumo Pontificado, quiso todavía invocar la asistencia del Espíritu Santo, se levantó de su silla, y fue á postrarse

al pie del altar. Acabada la oracion, volvió á ocupar su asiento, y dirigió á los cardenales un discurso latino, en que resplandeció mas y mas su profunda humildad. En fin, declaró que doblaba la cervíz, no sin mucha dificultad, al yugo que se le imponia. Al momento fue proclamado Papa segun las reglas y formalidades establecidas.

2. Por este solo pasage de la vida de Clemente XI se puede juzgar con seguridad de todo lo demás. En efecto, fue fruto de una virtud como innata, por decirlo así, ó á lo menos plantada en una índole la mas feliz, adquirida y sostenida en el seno de una familia aun mas respetable por su piedad que por su antigua nobleza, y cultivada siempre con tanto esmero, que temiendo su padre perderle de vista, enviándole desde Urbino, su pátria, á continuar los estudios en Roma, fue él mismo á establecerse en esta capital. Cuando el jóven Albani se presentó despues en el teatro del mundo con las apreciables cualidades de ilustre nacimiento, bienes de fortuna, talento, instruccion y belleza, estos dones, que suelen ser funestos á la inocencia de muchos, solo sirvieron para dar mayor realce y mérito á la irrepreensible integridad de sus costumbres. Se deseaba que asistiese á las tertulias y concurrencias de las personas mas cultas é ingeniosas, y mereció el mismo honor á la Reina Catalina de Suecia, en cuya casa se reunian como en un nuevo liceo, así los ciudadanos de Roma, como los extranjeros distinguidos por su calidad y talento. En todas partes se admiró su asombrosa disposicion para todo

género de conocimientos, un juicio sólido, un gusto esquisito, una imaginacion brillante y una gracia que le daba el primer lugar en las conversaciones. Lo que merece incomparablemente mas admiracion es la modestia sincera de aquel á quien admiraban, la poca estimacion que hacia de sí mismo, y el particular aprecio que mostraba á todos los demás, con una sencillez que verdaderamente se los hacia mirar como muy superiores á él mismo. Tales fueron, no los egercicios sérios, sino las simples diversiones de sus primeros años, en los cuales el egercicio de todas las virtudes, y en particular la caridad para con los pobres, y cuantos géneros de beneficencia le eran posibles, le dieron siempre, juntamente con el estudio, una ocupacion continua.

Quando á los veintiun años de edad abrazó el estado eclesiástico, y los Papas le hicieron sucesivamente refrendatario, consultor del consistorio, gobernador de Rieti, de Civita-Vechia y de Sabina, su celo por la religion, su equidad, su desinterés, y sobre todo su amor por los pobres, que fue siempre como su passion dominante, le conciliaron un afecto tan grande en todas partes, que cada traslacion era una afliccion pública. Hecho cardenal á pesar de los obstáculos que oponia su modestia, no hizo ninguna variacion en el método de vida: siempre fue igualmente arreglado en las costumbres, perenne en la oracion y en el trabajo, accesible á todos, cuidadoso de su casa, esacto en sus negocios, frugal pero sin mezquindad, aseado pero sencillo en los vestidos, muebles y trenes.

Jamás ha habido hombre que mostrase mayor desinterés. Instituido legatario universal de un prelado rico, empleó toda esta herencia en buenas obras. Se resistió constantemente á admitir una abadía que querían darle además de la de Casamare que tenia, y que, aunque de corto producto, creía él ser suficiente para sus necesidades. Nunca recibió regalos de nadie, ni aun de las testas coronadas, las cuales no pudieron conseguir tampoco que recayesen sobre alguno de sus parientes los testimonios efectivos de su agradecimiento por los señalados servicios que les habia hecho. Estendia esta delicadeza hasta á sus criados, quienes no hubieran dejado de incurrir en su indignacion portándose de otro modo. Hacia sin embargo inmensas limosnas, aun á gentes distinguidas que habian llegado á un estado de miseria. Alimentaba á unos, vestia á otros, les pagaba la casa y les suministraba los medios de restaurar la pérdida de sus bienes. Un dia dió tres mil escudos á una sola persona: de manera que no era posible imaginar de donde sacaba unas sumas tan cuantiosas.

Coronado Papa, trató ante todas cosas de librarse del escollo en que habia tropezado la virtud de otros muchos Pontífices. Habiéndosele presentado su hermano con su familia: „Sabed (les dijo) que acabais de perder vuestro pariente natural, y que ya no tenéis en mí mas que un padre comun, del mismo modo que los demás fieles.” Les prohibió espresamente que se mezclasen en los asuntos públicos, que se empeñasen á favor de nadie, y que recibiesen ningun

regalo, con cualquier pretexto que fuese, y de cualquier mano que viniese; que aspirasen á ningun empleo; que tomasen el título de Príncipes, como se hacia antes en todas las familias de los Papas; que exigiesen ni aun admitiesen los honores de tales; en una palabra, que saliesen de la esfera de simples particulares. Se egecutó puntualmente esta prohibicion. Sus sobrinos continuaron los estudios en el colegio en que los habian principiado, y quedaron confundidos sin ninguna distincion entre los demás compañeros. La educacion de su sobrina se concluyó del mismo modo en el convento en que se hallaba, sin otra distincion que su modestia y la sencillez particular de su traje.

En cuanto á su propia conducta, se propuso el nuevo Papa decir misa todos los dias, y confesarse tambien diariamente á egemplo de muchos santos. Vivía con tanta sobriedad, que el gasto diario de su comida no llegaba á una peseta. Del mismo rigor usaba con respecto al sueño, y tenia distribuido el tiempo de modo que no quedaba ningun vacío en el discurso del dia, el cual empleaba indefectiblemente en la oracion y en las obligaciones del Pontificado. Si alguna vez interrumpia sus penosas ocupaciones, era para continuar la lectura de algun santo doctor, para adquirir nuevas luces en la oracion, y para conseguir las bendiciones del cielo á favor de alguna empresa santa. Cuando de tarde en tarde y por conservar la salud habia de salir de palacio, consistia su paseo en visitar algunas iglesias, donde él se egercitaba en obras de piedad y de caridad.

3. He aquí lo que era Clemente XI, cuando por un rasgo visible de la Providencia de Dios sobre su Iglesia, tomó su gobierno al principio de un siglo en que iban á suscitarse tantas borrascas. La sucesion de un Príncipe francés á la corona de España, y todo el mundo cristiano puesto en combustion con este motivo por las tramas de la envidia y de la codicia (*); la parte mas justa, y la mas oprimida por espacio de muchos años, hecha blanco del ódio de sus propios vasallos rebelados por la heregía que les era comun con los enemigos exteriores; las negociaciones

(*) Carlos II, que habia sucedido en 1665 á su padre Felipe IV, murió el primero de Noviembre de 1700 sin dejar sucesion. En su testamento instituyó heredero de la corona de España á Felipe de Borbon, duque de Anjou, hijo del Delfin de Francia y nieto de María Teresa, esposa de Luis el Grande y hermana del mismo Carlos II. Pero Carlos de Austria, en quien su padre el Emperador Leopoldo y su hermano José I habian renunciado y pasado todo el derecho que creian tener á esta monarquía, como hijo y nieto de María de Austria, hermana de Felipe IV y esposa del Emperador Fernando III, se declaró pretendiente á la corona de España en 1703, principiando con esto la larga y desastrosa guerra llamada de sucesion. Apoyado el Príncipe austriaco en las fuerzas del imperio y de todos sus aliados enemigos de Francia, invadió la España y logró en ella muchas ventajas en los primeros años; mas Felipe, que tenia á su favor los votos de la nacion y el auxilio poderoso de Francia, despues de algunos reveses, ganó en 1707 y en 1710 las decisivas batallas de Almansa y Villaviciosa. Rechazados así los austriacos, y llamado el Príncipe Carlos al imperio, se ajustaron en 1713 las paces de Utrecht, en que cediendo Felipe V al imperio los Países-Bajos españoles y algunas provincias de Italia, fue reconocido por legítimo y verdadero Rey de España y de las Indias. Este tratado se renovó y ratificó en las paces de Viena firmadas á 30 de Abril de 1725. Véase la historia de esta guerra por el marqués de San Felipe.

de paz, tan peligrosas y aun mas que la misma guerra para el partido católico, á quien las sectas conjuradas en todas las naciones procuraban arrebatarse por medio de los tratados lo que no habian podido conseguir por las armas; el menoscabo de la disciplina, consecuencia natural de las guerras y disturbios; la decadencia del celo, de las buenas obras, de las misiones y del progreso del Evangelio entre los infieles: tantos peligros iban á precipitar á la Iglesia en la última desgracia, si no hubiera tenido una Cabeza á propósito para atender á todo género de trabajos y á unas funciones en cierto modo incompatibles. Clemente XI se gobernó tan perfectamente á sí mismo y á la Iglesia, como veremos, que no solo no perdió ésta ni un ápice de sus derechos y de su gloria, durante su Pontificado que pasó de veinte años, sino que al contrario estendió sus conquistas sobre los enemigos de la fe romana y los del nombre de Jesucristo en las estremidades del mundo.

4. Aunque en las desavenencias de los Príncipes cristianos estaba inclinado á la Francia, creyendo como su predecesor, que el partido de esta nacion era el mas justo, no se valió de ningun medio temporal, y se portó invariablemente como Padre comun de todos los cristianos. Cuando se trató de la paz, para cuyo ajuste habia trabajado infinito, frustró con la habilidad de los nuncios que eligió para los varios congresos, y con las sábias instrucciones que les dió, todos los designios y tramas de los potencias protestantes contra el interés de la religion católica. Ya

Sebaste. 22. Recurren los jansenistas á los estados generales de Holanda contra la santa Sede. 23. Fuga y viages de Quesnel. 24. Quesnel, cabeza del partido jansenista. 25. Son presos en Bruselas los padres Quesnel y Gerberon. 26. Evasion de Quesnel: son cogidos sus papeles. 27. Su proceso. 28. Abjuracion y perjurio de Brigode. 29. Proceso del padre Gerberon. 30. Su prision, conversion y muerte. 31. Muerte de Bossuet. 32. Calumnias y mala fe de los jansenistas con respecto á este prelado. 33. Proyecto de Bossuet para la correccion de las Reflexiones morales. 34. Guerra de los encamisados. 35. Publicacion de la bula Vineam Domini Sabaoth. 36. Aceptacion de la bula en Francia. 37. Esplificacion de algunos términos adoptados por los obispos en la aceptacion de esta bula. 38. Muerte de Bayle. 39. Singularidad de su carácter. 40. Testimonio de la universidad luterana de Helmstad á favor de la creencia católica. 41. Esposicion de la cuestion y de las disputas suscitadas con motivo de las ceremonias chinas. 42. En qué consisten estas ceremonias. 43. Conducta de Mr. Maigrot. 44. Sentencia de la congregacion de Propaganda. 45. Conducta de Mr. Tournon. 46. Instruccion de Mr. Maigrot sobre las cosas de la China. 47. Decretos del Emperador relativos á Mr. Maigrot y á Mr. Tournon. 48. Destierro de Mr. Maigrot y de algunos partidarios suyos. 49. Edicto de Mr. Tournon. 50. El Papa confirma este edicto. 51. Muerte de Tournon. 52. Publicacion de la bula Ex illa die. 53. Primera condenacion en Roma contra las Reflexiones morales.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO OCTOGÉSIMO-TERCERO.

Desde el principio del Pontificado de Clemente XI en el año 1700, hasta el primer decreto de la santa Sede contra las Reflexiones morales en el de 1708.

1. **E**ntre los Papas de que han pretendido dar una idea falsa en sus libelos los últimos novadores, importa sobre todo conocer bien á Clemente XI, el cual, dos meses despues de la muerte de Inocencio XII, subió á la santa Sede á 20 de Noviembre de 1700, ó por mejor decir, fue llevado á ella como por fuerza por el voto unánime y por la perseverancia invencible de los cincuenta y dos cardenales del cónclave, muy dignos por la mayor parte de ocupar ellos mismos la Cátedra de San Pedro. Son de una edificacion tan particular las circunstancias de esta eleccion, que no tememos ser molestos en referirlas. Por otra parte, la renuncia sincera del episcopado, y con mucha mas razon la del Sumo Pontificado, es una

prueba tan segura como rara de la dignidad del sugeto que la ofrece.

Al primer aviso que tuvo el cardenal Albani, ó Clemente XI, de que en menos de cuatro horas de deliberacion se habian reunido en su favor todos los votos (1), dió muy bien á entender con la turbacion que se apoderó de todos sus sentidos, que su modestia no le habia permitido jamás pensar que pudiesen poner los ojos en él. La sorpresa no le permitió hablar por algunos momentos; pero recobrado algun tanto, dijo, lleno todo de sobresalto, que se conocia tan indigno de la Silla apostólica, que nunca permitiria que le elevasen á ella: que en el sacro colegio no faltaban sugetos á propósito para ocuparla incomparablemente mejor que él; y que si sus cólegas querian cumplir con su obligacion en un punto tan esencial, tratarian prontamente de elegir otro Pontífice. No causó maravilla verle pensar tan humildemente de sí mismo; aunque se esperaba que se lograria reducirle, en una cosa que parecia visiblemente estar en el órden de la Providencia y de la voluntad divina. Pero sucedió todo lo contrario; porque apenas se calmó la primer sorpresa, hizo reflexiones mas profundas, y tuvo tan gran pesadumbre que le entró calentura con vómitos terribles. Le fue preciso quedarse en cama, donde pareció que no podia recibir mas consuelo que el que no querian concederle. Al contrario, toda Roma estaba en movimiento para obligarle en cierto modo á consentir: parientes, amigos, ciudadanos de

(1) *Vid. de Clem. XI por Mr. Lafiteau.*

todas clases, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos acudieron, unos á las puertas del cónclave, otros al pie de los altares, para pedir á Dios y á los hombres los medios de hacerle ceder. Los cardenales iban y venian á su aposento, usando de toda su destreza para vencer su resistencia; pero él hacia los mayores esfuerzos para moverlos á desistir de su empeño.

Por última tentativa emprendió el cardenal Camus convencerle por las reglas, á que no podia resistir mas tiempo al sacro colegio sin resistir al mismo Dios. Armado con el pastoral de San Gregorio fue á presentarse al aposento de Albani; pero cansado el enfermo de tantas visitas, cuyo objeto era contradecirle constantemente, mandó responder que necesitaba descansar un rato: con lo que no entró el nuevo solicitador. Tenia éste por conclavista al abad de Tencin, que despues fue cardenal, jóven amable, hábil en dirigir un asunto, y muy querido de Albani. Mas perseverante que su cardenal, vuelve al aposento del enfermo, espera, observa, se aprovecha del momento favorable, se presenta y es bien recibido. A pesar de que Albani estaba muy afligido, no pudo menos de sonreirse al verle entrar armado de un grueso volumen para predicarle mejor. Parando no obstante la consideracion en que todos, mozos y viejos, trataban igualmente de reducirle, oyó sin inquietarse el pasage del pastoral, en que se dice, que renunciando por humildad el mas distinguido honor, se dejaria de ser humilde si no se obedeciese á la voz de Dios cuando se nos manifiesta por la unanimidad de votos. Sin